

# Una nueva historia verdadera

Rubén D. Medina | Universidad Nacional Autónoma de México

---



ste ensayo forma parte de una investigación más extensa que se refiere a una historia más de la conquista de México. El autor la titula —y la asume— como la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. Y con tal título asume también su visión de la historia. Es una actitud temeraria sin duda la de adueñarse de la verdad. Sin embargo, Pedro Fernández de Pulgar (Medina de Rioseco, enero 1621–Madrid, 22 de diciembre de 1697), el autor del material a que se refieren estas páginas, lo hace con absoluta consciencia, por sobre las historias de primera mano como la de Hernán Cortés y la de Bernal Díaz del Castillo. Queda claro, además, que una de las dianas hacia las que dirige los dardos de su verdad es el escrito del viejo soldado castellano con respecto al cual manotea el título, lo expropia y lo subraya.

La que aquí se presenta, desde la perspectiva de su hacedor, equivale a una versión corregida y aumentada de la *autenticidad*. Hay otra historia que acaso le interesa corregir con más vehemencia, la *Historia de la conquista de Méjico* de Antonio de Solís (Alcalá de Henares, 1610 – Madrid, 1686). Sucesor inmediato de éste en el cargo de Cronista Mayor de Indias (desde 1686 hasta el final de sus días), Fernández de Pulgar desliza, por aquí y por allá en su *Historia verdadera*, críticas contra la reconstrucción de la conquista escrita por Solís. Los motivos de tal acrimonia parecen delatarse solos, al menos, en parte. Heredar el nombramiento obliga al heredero a mejorar la hacienda. Y la figura de Antonio de Solís era en sus días muy ilustre. Prosista reconocido, historiador que se atreve con el pasaje de la conquista de México en forma mesurada y, en lo posible, objetiva, dramaturgo amigo y colaborador de Pedro Calderón de la Barca (con quien traduce *El pastor de Fido* de Giovanni Guarini) y aun poeta conocedor del oficio,<sup>[1]</sup> representaba un desafío de mucho peso para su sucesor. Fernández se defiende como gato boca arriba. Como prosista y como historiador parecería perder el duelo; la prosa de Solís es mucho más cuidada y rica, y su visión histórica más panorámica, más generosa y más informada (de la información hablaremos luego). Véase como ejemplo este detalle de ambas historias, centrado en el conocido y terrible, pasaje de la matanza de Cholula. Antonio de Solís lo narra así:

Aseguradas las espaldas con el estrago de aquellos enemigos encubiertos, se hizo la seña para que se moviesen los tlascaltecas; avanzó poco a poco el ejército por la calle principal, dejando en el cuartel la guardia que pareció necesaria. Echáronse delante algunos de los zempoales que fuesen descubriendo las zanjas [aquellas que habían preparado como trampas para los jinetes] porque no peligrasen los caballos. No estaban descuidados entonces los de Cholula, que hallándose ya empeñados en la guerra descubierta, convocaron el resto de los mejicanos, y unidos en una gran plaza donde había tres o cuatro adoratorios, pusieron en lo alto de sus atrios y torres parte de su gente, y los demás se dividieron en diferentes escuadrones para cerrar con los españoles. Pero al

mismo tiempo que desembocó en la plaza el ejército de Cortés y se dio una parte y otra la primera carga, cerró por la retaguardia con los enemigos el trozo de Tlascala, cuyo inopinado accidente los puso en tanto pavor y desconcierto, que ni pudieron huir, ni supieron defenderse, y sólo se hallaba más embarazo que oposición en algunas tropas descaminadas que andaban de un peligro en otro con poca o ninguna elección; gente sin consejo que acometía para escapar, y las más veces daban el pecho sin acordarse de las manos. Murieron muchos en este género de combates repetidos, pero el mayor número escapó a los adoratorios en cuyas gradas y terrados se descubrió una multitud de hombres armados que ocupaban más que guarnecían las eminencias de aquellos grandes edificios. Encargáronse de su defensa los mejicanos, pero se hallaban ya tan embarazados y oprimidos, que apenas pudieron resolverse para darles algunas flechas al viento.

Acercóse con su ejército Hernán Cortés al mayor de los adoratorios, y mandó a sus intérpretes que levantando la voz ofreciesen buen pasaje a los que voluntariamente bajasen a rendirse; cuya diligencia se repitió con segundo y tercer requerimiento, y viendo que ninguno se movía ordenó que se pusiese fuego a los torreones del mismo adoratorio, lo cual asientan que llegó a ejecutarse, y que perecieron muchos al rigor del incendio y la ruina. No parece fácil que se pudiese introducir la llama en aquellos altos edificios sin abrir primero el paso de las gradas, si ya no lo consiguió Hernán Cortés, valiéndose de las flechas encendidas con que arrojaban los indios a larga distancia sus fuegos artificiales. Pero nada bastó para desalojar al enemigo hasta que se abrevió el asalto por el camino que abrió la artillería, y se observó dignamente que sólo uno de tantos como fueron deshechos en este adoratorio se rindió voluntariamente a la merced de los españoles, inotable señal de su obstinación!

Hízose la misma diligencia en los demás adoratorios, y después se corrió la ciudad que a breve rato quedó enteramente despoblada, y cesó por falta de enemigos. Los tlascaltecas se desmandaron con algún exceso en el pillaje, y costó su dificultad el recogerlos; hicieron muchos prisioneros; cargaron de ropas y mercaderías de valor, y particularmente se cebaron en los almacenes de la sal, de cuya provisión remitieron luego algunas cargas a su ciudad, atendiendo la necesidad de su patria en el mismo calor de su codicia. Quedaron muertos en las calles, templos y casas fuertes más de seis mil hombres entre naturales y mejicanos. Facción bien ordenada y conseguida sin alguna pérdida de los nuestros, que en la verdad tuvo más de castigo que de victoria.

Fernández de Pulgar lo reconstruye de esta manera:

Mandó Fernando Cortés dar la señal, disparando el tiro. Salieron los soldados. Cogieron los ciudadanos, muy sobresaltados y turbados, como los que tal no esperaban, sino coger a los castellanos desprevenidos. Hicieron poca resistencia al principio, aunque estaban armados y tenían las calles cogidas. Mas después acometieron con varonil ánimo. Fue mayor el de los castellanos, pues mataron casi 6,000 personas, sin tocar a niños y mujeres, porque así lo había ordenado Fernando Cortés.

[...]

Con esta vana y ciega confianza, se comenzó la pelea sin hacer mucha resistencia. Y estando en lo más fuerte de ella, y viendo los cholultecas el daño que recibían y que no se podían librar de las manos de sus enemigos, pusieron por obra su abuso y descostraron la mayor parte de las paredes del suntuosísimo templo. Pero no salió agua, como ellos pensaban. Y turbados de este engaño o desengaño, y viéndose matar sin remedio, comenzaron a combatir con gran fuerza. Pero no les aprovechó cosa alguna, por ser mucho lo que les afligía la artillería contraria y la priesa de las ballestas. Y así estando vencedores los españoles, quemaron todas las casas y torres que se resistían. Era la grito de los indios y enemigos tan grande, que nunca se vio tal confusión. Aumentábase por los muchos cuerpos muertos, y no la causaban menos los incendios. Los tlaxcaltecas andaban solícitos y orgullosos en la pelea. Y como los nuestros al acometer dijeron “Santiago”, ellos también lo decían, y de este modo peleaban. Y desde allí les queda que hoy día, en hallándose estos tlaxcaltecas en algún trabajo, llaman y apellidan a Santiago. Subiéronse a la torre del templo mayor muchos caballeros y sacerdotes, defendíanse y hacían daño. Ofreciéronles las vidas si se daban; solo uno aceptó el partido, y fue bien recibido. A los otros pusieron fuego, por lo cual muchos de los que se habían subido a la torre se arrojaron de ella, con audacia y osadía, y se dejaron venir abajo de cabeza porque así lo tenían de muy antigua costumbre, por ser indómitos y contumaces y de cerviz muy dura; teniendo por blasón morir muerte contraria a las demás naciones, arrojándose de cabeza. Finalmente estos desventurados, no queriendo aceptar el partido de Cortés y de sus capitanes, se despeñaron y mataron muchos. Otros, que no se arrojaron a morir en este precipicio, murieron quemados en el mismo templo por el fuego que los nuestros habían puesto. Andaban los ballesteros tirando a los que con el temor se habían subido a los árboles del patio del templo mayor para salvarse, y era de notar cómo los sacerdotes se quejaban de sus dioses, lamentando lo mal que los defendían. Y uno en particular, en lo más alto del templo, decía: “Tlaxcala, ahora vengas tu corazón. Y otro día Motezuma vengará el suyo.”

[...]

Saqueóse mucha parte de la ciudad. Tomaron los castellanos el oro y pluma, aunque fue poca. Y los indios la ropa y la sal, que fue para ellos de gran regalo y contento. Fue grande la confusión de esta batalla, pero los tlaxcaltecas por no morir entre los enemigos usaron de una señal, que fue llevar en las cabezas unas guirnaldas de esparto para ser conocidos. Y si no fuera así se mataran unos a otros.

Pero no es Antonio de Solís el único objetivo de la crítica de Fernández. A éste lo acusa a veces de omisiones o de ligerezas (“digo que no sé cómo compone Solís el dar título a esta acción de resolverse a prender a Motezuma de resolución heroica”... “pasó don Antonio Solís los límites de su profesión, y así erró enormemente”), de permitir que los lectores interpreten a su leal entender la historia (“ni la civil ni la sagrada deben ser interpretadas libremente”, parecería decir con índice inflexible de dómine severo), de tembeleque en asuntos de doctrina (“por todo lo cual, pues, Solís deja al juicio del que leyere este punto... y repruebo el [punto de vista] de Solís, que dice que no halla razón de congruencia política o cristiana para que se perdonasen tantos

inconvenientes”) y de tonto (“si hubiera ponderado Solís con verdadera inteligencia este suceso, le hallara muy creíble”). Su censura, en ocasiones inyectiva, como puede verse, se enfoca en varios escritores a quienes denuesta por una supuesta falta de medida, que tasa en función de su visión particular de la historia y de los equilibrios políticos resultantes en su tiempo.

Por ese motivo también Bernal Díaz del Castillo ocupa su atención y recibe reproches. No puede restarle méritos como soldado: su historia como participante en las tres expediciones oficiales al territorio continental desde Cuba no admiten regateo, y, de manera muy subrayada, su aceptación sumisa del papel de peón leal en los tableros bélico y político bajo las órdenes de Hernán Cortés le resultan cualidades de muy crecido valor. Defensor de la idea de algo así como un destino providencial, según puede colegirse con frecuencia de su escrito y según declaración explícita, la asunción del papel que la suerte asigna a cada quien constituye una de las más altas virtudes del ser humano. A los capitanes toca mandar y a los soldados obedecer, a los reyes gobernar y a los vasallos acatar, según esa lógica, tal como pontifican estas palabras: “Nacen los súbditos para obedecer y no especular los decretos de los superiores” (folio 14 v). Como soldado, entonces, como pieza del ajedrez bélico (“peón ladino” diría Borges) el desempeño de Bernal no le merece recriminación a Fernández; no le dedica los elogios que parecerían innegables, puesto que todos los dirige al capitán Cortés, pero al menos nada le echa en cara. Ya con respecto a la *Historia* de Bernal la historia es otra. Le concede el valor de un testimonio... limitado; y, más o menos, la dirección de su voluntad al esclarecimiento de la verdad, no sin bemoles: “Conque parece que por asegurar la verdad escribió Bernal Díaz del Castillo, como conquistador y cuasi testigo de vista. Pero no está libre de censura, como luego se verá.” (folio 12 r). Pese a ello, una lectura ligera del libro del soldado castellano[2] es suficiente para percibir la fuerza narrativa del protagonista y para advertir su cautela con respecto a la presentación de la verdad histórica. La repetición de expresiones equivalentes a “yo no lo vi”, “no me consta” prueban tal cuidado. Y la prueban más aún las enmiendas que el propio Bernal realizó de una versión a la otra de su escrito.

Otra cosa dijo el Pedro de Alvarado, y esta sola cosa la dijeron otros soldados, que las demás pláticas sólo el Pedro de Alvarado lo contaba, y es que no tenían agua para beber, y cavaron en el patio e hicieron un pozo y sacaron agua dulce, siendo todo salado también; todo fue muchos bienes que Nuestro Señor Dios nos hacía. E a esto del agua digo yo que en México estaba una fuente que muchas veces, e todas las más, manaba e tenía agua algo dulce. Estas cosas y otras sé decir, que lo oí a personas de fe y creer que se hallaron con el Pedro de Alvarado cuando aquello pasó.

[Nota de G. Serés] Alvarado se justifica señalando posibles prodigios o revelaciones divinas que confirmasen que actuaron correctamente en la matanza del templo... El propio Bernal incluía en el texto primitivo una referencia a la intervención maravillosa de la Virgen María y del apóstol Santiago, que luego tachó; también eliminó la referencia (difundida supuestamente por el padre Las Casas) a la codicia de Alvarado; ambas tachaduras, obviamente, figuran en la edición impresa.[3]

Bernal se precave mucho de afirmaciones indemostrables a la luz de la historia, y su cuidado se acentúa cuando los hechos que menciona atañen a pasajes coyunturales para la apreciación de las decisiones que tomaban los responsables y que determinaron el derrotero de la conquista, además, desde luego, de las expresiones tocantes a la doctrina cristiana. Creyente de buena fe, en su escrito transparece el respeto sincero a las figuras ideológicas y emblemáticas del catolicismo. Muy probable es, en cambio, que en cuestiones de menor monta se haya explayado, acaso de más, y hasta haya llegado a inventar.[4] Por ejemplo, en la descripción de sitios, de personajes y de incidencias. Los ojos encandilados de quien presencia una realidad que sobrepasa la imaginación ejercieron —parece probable— presión poderosa para engrandecerla, para magnificar las experiencias y para colorear su relato (no es lo mismo decir que Diego de Ordaz tenía una yegua —así, sin más— que decir que era suya “una yegua rucía machorra, pasadera, y aunque corría poco”[5]). Pero en esa proclividad al adjetivo se apuntan en principio los valores literarios de su libro. Cortés y Bernal se deleitan en la descripción de sitios. El retrato que ambos hacen del mercado de Tlatelolco, por ejemplo, da fe de ello. Dice Bernal:

Y desque llegamos a la gran plaza que se dice el Tatelulco, como no habíamos visto tal cosa, quedamos admirados de la multitud de gente y mercaderías que en ella había y del gran concierto y regimiento que en todo tenían. Y los principales que iban con nosotros nos lo iban mostrando: cada género de mercaderías estaban por sí y tenían situados y señalados sus asientos.

Comencemos por los mercaderes de oro y plata y piedras ricas y plumas y mantas y cosas labradas y otras mercaderías de indios esclavos y esclavas. Digo que traían tantos dellos a vender aquella gran plaza como traen los portugueses los negros de Guinea, e traíanlos atados en unas varas largas con colleras a los pescuezos, porque no se les huyesen, y otros dejaban sueltos. Luego estaban otros mercaderes que vendían ropa más basta y algodón e cosas de hilo torcido, y cacahuateros que vendían cacao. Y desta manera estaban cuantos géneros de mercaderías hay en toda la Nueva España, puesto por su concierto de la manera que hay en mi tierra, que es Medina del Campo, donde se hacen las ferias, que en cada calle están sus mercaderías por sí; así estaban en esta gran plaza. Y los que vendían mantas de henequén y sogas y cotaras, que son los zapatos que calzan, y hacen del mismo árbol, y raíces muy dulces cocidas y otras rebusterías que sacan del mismmo árbol: todo estaba en una parte de la plaza en su lugar señalado. Y cueros de tigres, de leones y de nutras y de adives y de venados y de otras alimañas, e tejones y gatos monteses, dellos adobados y otros sin adobar, estaban en otra parte, y otros géneros de cosas e mercaderías.[6]

Cortés dice:

Tiene esta ciudad muchas plazas donde hay continuo mercado y trato de comprar y vender. Tiene otra plaza tan grande como dos veces la ciudad de Salamanca, toda cercada de portales alrededor, donde hay cotidianamente arriba de sesenta mil ánimas comprando y vendiendo; donde hay todos los géneros de mercadurías que en todas las tierras se hallan, así de mantenimientos como de

vituallas, joyas de oro y de plata, de plomo, de latón, de cobre, de estaño, de piedras, de huesos, de conchas, de caracoles y de plumas. Véndese cal, piedra labrada y por labrar, adobes, ladrillos, madera labrada y por labrar de diversas maneras. Hay calle de caza donde venden todos los linajes de aves que hay en la tierra, así como gallinas, perdices, codornices, lavancos, dorales, zarcetas, tórtolas, palomas, pajaritos en cañuela, papagayos, búharos, águilas, halcones, gavilanes y cernícalos; y de algunas de estas aves de rapiña, venden los cueros con su pluma y cabezas y pico y uñas...

Venden mucho maíz en grano y en pan, lo cual hace mucha ventaja, así en el grano como en el sabor, a todo lo de las otras islas y tierra firme. Venden pasteles de aves y empanadas de pescado. Venden mucho pescado fresco y salado, crudo y guisado. Venden huevos de gallinas y de ánsares, y de todas las otras aves que he dicho, en gran cantidad; venden tortillas de huevos hechas. Finalmente, que en los dichos mercados se venden todas cuantas cosas se hallan en toda la tierra, que demás de las que he dicho, son tantas y de tantas calidades, que por la prolijidad y por no me ocurrir tantas a la memoria, y aun por no saber poner los nombres, no las expreso. Cada genero de mercadería se venden en su calle, sin que entremetan otra mercadería ninguna, y en esto tienen mucha orden. Todo se vende por cuenta y medida, excepto que hasta ahora no se ha visto vender cosa alguna por peso.[7]

La representación del mismo mercado responde a idéntico asombro ante lo inaudito. Sin embargo, parecen obvias las diferencias (las cuales, por otra parte, bastarían para atribuir a cada escritor la autoría de su propia obra y no a Cortés la de ambas; aparte de otros detalles de mayor valía). La escritura del capitán obedece al esquema de la relación, esto es, al informe que se envía a la superioridad. Imposible que no se transluzca en ella el pasmo —Cortés era consciente del tamaño de su hazaña y de la magnitud de su conquista—, pero escribe movido por intereses políticos y aun por la necesidad de defenderse de los ataques de sus detractores. A diferencia de éste, Bernal escribe para regodearse en el recuerdo. Conocedor de las cartas escritas por su jefe y también de la historia que éste ordena redactar a Francisco López de Gómara, no muestra empacho en reproducir pasajes convividos con aquél y en calificarlos con sus propias sensaciones. “Quedamos admirados...” “Y los principales iban con nosotros...” “Como traen los portugueses los negros de Guinea...” “De la manera que hay en mi tierra, que es Medina del Campo, donde se hacen las ferias, que en cada calle están sus mercaderías por sí...” “Ansí estaban en esta gran plaza...” Expresiones más inclinadas a la laudanza que al reporte, con clara tendencia a la búsqueda retórica de la hipérbole.[8]

No bastan, sin embargo, las cualidades de una narración directa y emotiva para que Fernández de Pulgar permita la salida de su particular purgatorio de historiadores a Bernal. Lo salva, en cambio, la opinión que de él formula fray Juan de Torquemada. “A Bernal Díaz del Castillo le vindica el padre Torquemada en el Libro cuarto, capítulo IV de su *Monarquía indiana*, que dice: ‘Yo conocí en la ciudad de Guatemala a Bernal Díaz del Castillo en su última vejez, y era hombre de todo crédito, etc.’” (folio 14 v). Lo ve, de todos modos, con menosprecio. Bernal justifica la escritura de su *Historia* por el propósito de repartir la gloria de la conquista del territorio más grande, más rico, más promisorio y menos imaginado por la España imperialista. No fue solo el capitán, dice, el artífice de la gloria. Los soldados, por igual cabos que rasos, merecen mención y reconocimiento. En términos generales, Hernán Cortés no menciona a sus colaboradores y eso encorajina a uno de ellos, Bernal, que, de paso, se siente mal remunerado, viejo, menospreciado, olvidado. Pero el reproche

contraría a Fernández de Pulgar, que reclama en exclusiva la honra para el capitán Cortés, con una admiración que raya en devoción sin cortapisas. Aun aquellos detalles que Bernal menciona como al desgaire y que abonan para la configuración cabal del extremeño resultan soslayados en el manuscrito del Cronista Mayor de Indias. Así, verbigracia, el pasaje del pareado escrito a carbón en la pared de la casa de Coyoacán (cansados de esperar la parte del botín que consideraban suyo después del saqueo final de México, las huestes españolas representadas por un anónimo versificador, se lamentan: “*tristis est anima mea*[9] / hasta que la parte vea”). Verbigracia también, la alusión suspicaz de la muerte de la Marcaida en extrañas condiciones (“también le pusieron [a Cortés] por delante la muerte de Catalina Juárez la Marcaida, su mujer.” Díaz del Castillo: CLXVIII, 793) y la muerte en condiciones por igual extrañas del licenciado Luis Ponce, encargado de fincar juicio de residencia a Cortés por la muerte de su mujer y por varias otras acusaciones.

Y un Juan Juárez, cuñado suyo, le puso una mala demanda de su mujer de Cortés, doña Catalina Juárez la Marcaida, hermana del Juan Juárez, que la había ahogado una noche el mismo Cortés. Y en aquella sazón había venido de Castilla un Hulano de Barrios, con quien casó Cortés a una hermana de Juan Juárez y cuñada suya; se apaciguó por entonces aquella demanda que le había puesto el Juan Juárez...

Que luego que se comenzó a tomar la residencia quiso Nuestro Señor Jesucristo que por nuestros pecados y desdicha que cayó malo de modorra el licenciado Luis Ponce. Y fue desta manera: que viniendo del monesterio de señor San Francisco de oír misa, le dio una muy recia calentura y echose en la cama y estuvo cuatro días amodorrado sin tener el sentido que convenía, y todo lo más del día y de la noche era dormir. Y desde aquello vieron los médicos que le curaban... todos a una les pareció que era bien que se confesase y rescibiese los Santos Sacramentos, y el mismo licenciado lo tuvo en gran voluntad... E ya hecho su testamento y ordenada su ánima, al noveno día desde cayó malo dio el ánima a Nuestro Señor Jesucristo... Y Cortés, con todos los más caballeros de aquella cibdad, se pusieron luto y le llevaron a enterrar con gran pompa a señor San Francisco, y con toda la cera que entonces se pudo haber; fue su enteramiento muy solene para en aquel tiempo... Pues como fue muerto y enterrado de la manera que dicho tengo, ioír el murmurar que en México había de las personas que estaban mal con Cortés y con Sandoval! Que dijeron y afirmaron que le dieron ponzoña con que murió, que ansí había hecho [Cortés] al Francisco de Garay (Díaz del Castillo: CXCII, 925 – 926).

Mucho más allá de la indulgencia, puesto que ésta implicaría el reconocimiento de culpas en Cortés, y mucho más allá de la justificación de su conducta en atención, por ejemplo, a las circunstancias, el encubrimiento de esta información por parte del Cronista Real obedece, sin duda, al propósito principal de su manuscrito: purificar de toda falta la imagen histórica de Cortés y, con ello, colaborar con su aportación en la justificación de la Conquista y del imperio católico español. En el ambiente cultural de España, en su balanza de poderes, en la crisis del siglo XVII la apología resultaba urgente. Pero aun con respecto a Antonio de Solís la contribución de Fernández de Pulgar es, más bien, exigua. Carece, en comparación con aquél, de los recursos retóricos necesarios para dibujar, a cabalidad, la compleja personalidad del metelinense. Un ejemplo: cuando Fernández

da cuenta de la actitud de Cortés ante la inminencia de la celada en la ciudad de Cholula, desperdicia la oportunidad de resaltar un aspecto determinante en sus éxitos militares, la astucia diplomática para doblegar el ánimo del enemigo (astucia obliga). Lo cuenta de esta manera:

Y cuando le pareció que era buena ocasión mandó llamar a los principales cholultecas, diciendo que se quería despedir de ellos. Acudieron cuarenta, y entraran más si les dejara. Y porque faltaba el más viejo y principal, mandó que le llamaran. Vino y dijo en presencia de los embajadores mexicanos que les había amado como amigos y ellos le habían aborrecido como enemigos, como se había visto en el tratamiento que le habían hecho y él había disimulado. Que su gente había estado bien ordenada y quieta. Que le habían rogado que no entrasen en su tierra los tlaxcaltecas, y que lo había hecho por darles gusto. Que les pidió que le trataran verdad y como valientes le desafiasen si algo de él pretendían. Y con todo eso se habían concertado con los mexicanos para matar su gente, pensando que no se había de saber. Pero que su Dios había dispuesto medios por los cuales tuvo aviso. Y él lo había claramente averiguado. Y que por tan grave delito y traición, con pretexto de amistad y fidelidad, habiéndose dado por vasallos del rey de Castilla, tenía determinado que muriesen todos y asolar su ciudad. Quedaron por un rato mudos y pasmados. Volvieron en sí y dijeron: “Este es como nuestros dioses, que todo lo saben; no hay para que negarle nada.” Y así, confesaron que era verdad cuanto decía. Y apartando Cortés cuatro o cinco de ellos a un lado, les preguntó por qué causa querían ejecutar tan mal propósito. Dijeron que le pesaba tanto a Motezuma de su ida a México, que sus embajadores, por estorbarla, les habían introducido a ello. Pasóse a donde estaban los embajadores y les dijo que los cholultecas decían que a persuasión suya le querían matar por orden de su rey. Pero que no daba crédito a tal cosa, por ser Motezuma tan gran príncipe, a quien tenía por señor y amigo. Y así, que quería castigar a aquellos traidores. Y que ellos no temiesen, pues no tenían la culpa. Diéronle muy grandes satisfacciones, procurando demostrar que no sabían cosa alguna. Diose por satisfecho Cortés porque dirigía estas líneas a otro centro; pero con el resguardo de lo que había conocido, que estos eran sus mayores enemigos, como lo tenía averiguado (165 r, v).

En contraste, Solís saca provecho del relato de ese momento con magistralidad retórica. Los indicios implícitos de su personaje, las reticencias, la hipérbole y hasta el retruécano (“con reparar sin atender”) proponen un personaje sagaz, calculador aun en trances de desesperación al borde de la fatalidad. Estas son sus palabras:

Llamó Cortés a los embajadores de Motezuma, y con señas de intimidad, como quien les fiaba lo que no sabían, les dijo que había descubierto y averiguado una gran conjuración que le tenían armada los caciques y ciudadanos de Cholula. Dioles señas de todo lo que ordenaban y disponían contra su persona y ejército, ponderó cuánto faltaban a las leyes de la hospitalidad, al establecimiento de la paz y al seguro de su príncipe. Y añadió que no solamente lo sabía por su propia especulación y vigilancia, pero se lo habían confesado ya los principales conjurados, disculpándose del trato doble con otra mayor culpa, pues se atrevían a decir que tenían orden y asistencias de Motezuma para

deshacer alevosamente su ejército, lo cual ni era verosímil ni se podía creer semejante indignidad de un príncipe tan grande. Por cuya causa estaba resuelto a tomar satisfacción de su ofensa con todo el rigor de sus armas, y se lo comunicaba para que tuviesen comprendida su razón y entendido que no le irritaba tanto el delito principal como la circunstancia de querer aquellos sediciosos autorizar su traición con el nombre de su rey. Los embajadores procuraron fingir como pudieron que no sabían la conjuración, y trataron de salvar el crédito de su príncipe siguiendo el camino en que los puso Cortés con bajar el punto de su queja. No convenía entonces desconfiar a Motezuma ni hacer de un poderoso, resuelto a disimular, un enemigo poderoso descubierto; por cuya consideración se determinó a desbaratar sus designios sin darle a entender que los conocía, tratando solamente de castigar la obra en sus instrumentos y contentándose con reparar el golpe sin atender al brazo (Libro tercero, VI, 165. He modificado la puntuación).

Un buen número de fuentes recorren los folios del incunable que aquí se comenta. Escritores más y menos conocidos conforman su cúmulo. Historiadores, filósofos, teólogos, cartógrafos; escritores de su tiempo y de la cultura latina, en suma. Por los motivos mencionados, desatiende los compendios históricos mexicanos. Fernando de Alba Ixtlixóchitl y Hernando de Alvarado Tezozómoc, por no hablar de las crónicas recogidas por fray Bernardino de Sahagún en su *Historia general de las cosas de la Nueva España*, permanecen por completo al margen de sus bases informativas. En general, prefiere no considerar ningún texto que dé cuenta de la conquista desde el anverso, desde la perspectiva de las víctimas, salvo la *Breve relación de la destrucción de las Indias*, que cita para rebatirla con furor. Fray Bartolomé de las Casas no es un ensayista soslayable; su historia es inevitable en virtud de los juicios rigurosos contra los abusos de los conquistadores. Con el ceño arrugado (es fácil imaginarlo) se sabe forzado a mencionarlo so pena de parecer ignorante; pero, por otro lado, hace propicia la mención para descalificarlo y para jalarle las orejas:

Esta victoria tan señalada la refiere en breve periodo el padre [Las] Casas, pero con palabras que bastan para desacreditarla. “Sucedió después, dice, el combate de la ciudad. Reformados los cristianos, donde hicieron estragos en los indios, admirables y extraños, matando infinitas gentes y quemando vivos muchos y grandes señores, etc.” Pero todo el hecho de los combates queda fielmente referido y pudiera el padre [Las] Casas decir la causa de tantas muertes y ver si había justicia para hacerlas... Pudiera también referir cuántas veces trató Cortés de paz y no la admitieron los mexicanos. Pudiera también decir las piedades que usó Cortés. Pero como solo iba a desacreditar los españoles, solo dice los hechos con toda ponderación, y no las causas que los hacen justos y dignos de alabanza.

No está exenta de cualidades la *Historia* de Pedro Fernández de Pulgar. La mayor de ellas, me parece, consiste en la ponderación de las historias previas y en la confrontación de los escritos. Subyace a este examen una hipótesis histórica (a todo análisis corresponde una teoría). De esa manera intenta pasar por el tamiz de su propia visión de la historia las apreciaciones de quienes la juzgaron con anterioridad, incluyendo, como queda

dicho, a los propios protagonistas. Desde este punto de vista, Fernández de Pulgar representa una visión historiográfica novedosa, cercana a la moderna. Lejos de reconstruir acontecimientos desde la memoria personal o de algún actor, emplea el procedimiento de acopiar (y por desgracia también de copiar) información extraída de una seleccionada bibliografía. Sus autores preferidos, Cortés, Díaz del Castillo, Gómara, menudean en sus referencias, jamás señaladas con comillas, por otra parte; si acaso, indicada con un “esto fulano”. Alguna lectura clerical, por ahí una transcripción de algún historiador antiguo, alguna cita que evidencia su cultura de bibliófilo.

Pero el favorito por encima de todos es fray Juan de Torquemada. En la *Monarquía indiana* entra a saco y sin anuncio ni registro hurta tiradas desmedidas. Tratándose de un manuscrito que no llegó a las prensas, se impone la atenuante de que pudo haber realizado enmiendas. En el documento, como está, se presenta como una larga copia, sobre todo en los capítulos finales.

### *La circunstancia del manuscrito*

La *Historia* de Fernández de Pulgar es explicable por el ambiente en que se escribió, como cualquier texto. De la urdimbre (*textus* = tejido de palabras) es posible tirar de los hilos, como quien introduce un ganchillo y los extrae, a fin de identificar los materiales de que está hecho. Los textos literarios suelen dar razón de acontecimientos históricos (del recuento de adversidades que afronta un pueblo, dice M. Eliade),<sup>[10]</sup> de estructuras sociales, de ideas predominantes, de la vida del escritor, de nociones científicas y hasta de costumbres propias de la época, como vestido, alimentación, etiqueta... algo así como la *intrahistoria* unamuniana.<sup>[11]</sup> Y el que aquí se presenta es un texto literario (no poético) que aporta información sobre su entorno; la misma información que sirve de base para su propia explicación.

Aun tratándose de un manuscrito, no deja de ser extraño que carezca de fecha. Todo el que se ha acercado a fondos reservados o a archivos de documentos antiguos, inéditos, sabe que es bastante común que los papeles sueltos que ahí se encuentran carezcan de datos; no lo es, en cambio, en los documentos notariales o judiciales, y resulta excepcional —y curioso— que suceda en un trabajo hecho por un clérigo. Tal falta en la *Historia* de Fernández de Pulgar podría verse justificada por la esperanza del autor de ver el texto en letras de imprenta, de modo que el impresor se encargara de esa tarea y consignara el pie editorial: ciudad, casa impresora y año. Como queda claro, no se produjo el acontecimiento, y el atado de 382 pliegos a dos caras se conservó sin más datos que los que pueden inferirse de su contenido o de la biografía del autor. Del contenido poca información que conduzca a la datación puede esperarse. Se centra en el recorrido de Hernán Cortés desde su estancia en Cuba hasta la capitulación de la ciudad de México Tenochtitlán; el procedimiento de narración es cronológico, como conviene a un relato histórico convencional y no hay referencias que delaten el momento de la creación. Tampoco las virtualidades lingüísticas aportan mucha información; aunque hay expresiones que determinan dialecto y norma, por ejemplo, resultaría poco técnico definir un período de la transformación del castellano con base en el empleo de alguna palabra, de alguna peculiaridad sintáctica; los movimientos lingüísticos se dilatan en grandes lapsos, de modo que es indetectable el punto preciso de la evolución en que se haya una forma de la lengua. Por tanto, no hay más opción que recurrir a las noticias acerca de la vida del escritor, que tampoco son muchas. Con seguridad plena, el volumen fue escrito en la segunda mitad del siglo XVII, durante

el periodo en que el historiador ostentó el cargo de Cronista Real. No hay más pistas. Inclusive aquello que en una primera lectura genera expectativas se desvanece con rapidez. Así sucede con la mención de “don Pedro de Moctezuma, que aún vive” (folio 277 r). Claro: es una cita —declarada a medias— de López de Gómara. Pedro Tesifón de Moctezuma y de la Cueva, conde de Moctezuma por decreto de Felipe IV, había muerto en 1639. Pudo el autor tener noticia de él —el conde muere cuando Fernández cuenta con dieciocho años—, pero lo cierto es que no lo menciona por su cuenta sino como parte de una copia. La sola posibilidad de ubicar el texto, en suma, se deriva de la biografía del cronista.

Si la deducción no fuera descabellada (y si lo fuera, de todos modos es la única posible), el entorno del incunable pertenece al reinado de Carlos II el Hechizado. Se produce, por tanto, en el contexto de una España en crisis, simbolizada por la propia figura de un rey incapacitado en lo mental y en lo físico para ejercer el gobierno. A las graves dificultades sociales que distinguen los reinados de Felipe III y Felipe IV (abuelo y padre de Carlos II),<sup>[12]</sup> habrían de sumarse momentos de incertidumbre en que el rey se convierte en figura de paja y la Corona pierde el control de España y de sus posesiones ultramarinas. Circunstancias en verdad poco favorables para el optimismo y para la fe en el futuro. Anulado el lazo que dotaba de coherencia al imperio hispánico, esto es, disminuido el poder hegemónico de un monarca a cuyo control se sometía toda decisión de importancia, como ocurría en los reinados de Carlos I y Felipe II, parecería que el imperio quedaba al garete con peligro inminente de naufragio, y que lo advertían las clases política y culta. Ante tal ausencia de dirección, se antojarían probables dos posturas: el examen riguroso de las circunstancias a fin de reconocer fallas y proponer remedios, o la vuelta de la mirada —un tanto evasiva— hacia atrás, con el propósito de lamentar que “todo tiempo pasado fue mejor” y de distinguir los mecanismos que propiciaron épocas heroicas. Sin suponer que estas dos actitudes son exclusivas, parecería que la *Historia* de Fernández de Pulgar se decanta por la propuesta de efectuar una revisión de los orígenes históricos del imperio, con objeto de reproducirlos y de recrearlos en su calidad de ejemplos, y depone cualquier actitud crítica de análisis y de proyecto (Ortega y Gasset acierta: no es el pasado sino el futuro el nexo que liga a los grupos humanos); actitud conservadora, por otra parte, que, lejos de plantear la subversión histórica del concepto de nación y lejos de someter a juicio la gestión gubernativa del rey, se plantea la refundación de los muros de la patria, “si un tiempo fuertes, ya desmoronados”, sobre los cimientos de glorias pasadas.

Desde esa mirilla política (la que incide en el presente) e histórica (la que busca en el pasado), toca a Hernán Cortés convertirse en el emblema, en la piedra angular de la restauración. En la piedra angular y en la piedra de toque, en tanto que su imagen constituirá el catalizador para contrastar la valía (y con ello, para tasarla también) del *heroísmo* español después de dos siglos de la gesta fundacional de la Nueva España. No faltaban modelos, desde luego. La historia española del siglo XVI cuenta con una muchedumbre de personajes voluntariosos (héroes, *strictu sensu*) en los terrenos político, militar, religioso, artístico; pero a Fernández de Pulgar le resultan en particular atractivos la personalidad de Cortés y su aporte en la construcción de un imperio cuya extensión superaba la de todos los conocidos hasta ese momento. Las causas quedan apuntadas: su fe en una organización social en pirámide, desde la punta de la cual se giran directrices; la labor denodada y disciplinada en la edificación de esa estructura por parte de todos los agentes, desde el más encumbrado hasta el más oscuro, igual que en una colmena a cuyos integrantes mueve el instinto de conservar el grupo; la creencia en la imposición de pensamientos que se juzgan verdaderos —la religión es quizás el más trascendente de ellos—, y la defensa de una moral, que no de una ética, que preconiza el derecho y la obligación que asisten al fuerte para ejercer tutela sobre el débil.

Por otro lado, controversial como es en sí misma, la figura histórica de Hernán Cortés exigía una revisión para validar la columna vertebral de la economía peninsular. Consecuencia de corruptelas como la venta de nombramientos civiles y eclesiásticos, de pésimas gestiones administrativas, del estancamiento científico y técnico, y aun de costumbres seculares como la negativa de nobles e hidalgos de ganarse la vida trabajando, las finanzas españolas (con la repercusión natural en la situación de las colonias) zozobraban. No habían desembocado en el desastre total merced a las pingües remesas que llegaban a la Corona desde el otro lado del Atlántico. Las ingentes cantidades de metales preciosos y de materias primas (maderas, especias) sostenían, así fuera con alfileres, la hacienda nacional pese a las equívocas administraciones de los Austrias y sus validos. En la producción de recursos americanos, suficiente apenas para mantener el inflado organismo burocrático en ambos lados del océano y la voracidad de boato de las cortes real y virreinales, se cifraba la garantía de una endeble estabilidad y, en buena medida, de la sobrevivencia pacífica. Sin posibilidades de variación, tal *statu quo* se preservaba por el monopolio de las funciones administrativas en manos de peninsulares (con el disgusto de criollos y mestizos, como habría de verse andando el tiempo), pero exigía argumentos que la justificaran. La revalidación de la Conquista y de los derechos de usufructo que había generado, en su calidad de obra redentora de almas descarriadas, representaba una buena coartada. Vilipendiado y censurado, Hernán Cortés era una pieza inútil en esa estrategia; elevado a la altura de prócer, de generador de un nuevo estado, constituía el emblema de la pujanza española y reivindicaba la justicia del atraco.

Por último, ya que no es la intención de estas líneas calar a fondo en los intrínquilis del siglo XVII sino solo resaltar algunos aspectos que tocan de cerca y ayudan a explicar el manuscrito que aquí comento, habría que considerar también la función social del escritor en el período previo al nacimiento de los burgos —y de los burgueses—, llamados a convertirse en los motores económicos de una nueva disposición social, caducos el modelo medieval del feudo y el esquema renacentista de supremacía nobiliaria. En las particularidades de este último molde, el de la primacía de los nobles, germinan los rasgos distintivos de la *Historia* escrita por Pedro Fernández de Pulgar.

Superada la obligación primaria del escritor novel o poco (re)conocido, o sea, la de encauzar sus esfuerzos de creador a la mayor gloria de su benefactor, el título de Cronista Real aseguraba una cierta independencia. En el entendido de que el nombramiento se otorgaba tras una larga carrera, después de vencer muchas oposiciones y luego de mostrar adhesión institucional plena, la autonomía del historiador no representaba peligro ninguno para la monarquía ni para la Iglesia. Más aún, el cronista real se convertía en brazo armado —así fuera de péñola— del aparato de gobierno, en proclamador de dogmas y en difusor del discurso oficial. Los escritores contestatarios, los artistas de oposición en general, echaban mano de argucias para encubrir críticas y protestas (innumerables pasajes proporciona la literatura del siglo XVII para ilustrar el recurso); disfrazaban el significado real con dobles sentidos, con elementos de disyunción referencial,<sup>[13]</sup> o, de modo más tajante, se disfrazaban en el anonimato o en el seudónimo. Unos, los institucionales, solían gozar de prebendas y de holgura económica; los otros, no.

### *Bibliografía*

- Beristáin, H. *Diccionario de retórica y poética*. México, Porrúa, 1985.
- Cortés, Hernán. *Cartas y relaciones al emperador Carlos V*, colegidas e ilustradas por Pascual de Gayangos. París, Imprenta Central de los Ferro-carriles A. Chaix y Ce., 1866.

- Díaz del Castillo, Bernal. *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, ed., estudio y notas de Guillermo Serés. Madrid, Real Academia Española, 2011.
- Duverger, Ch. *Crónica de la eternidad*. México, Santillana, 2012.
- Eliade, M. *El mito del eterno retorno*. Madrid, Alianza Editorial, 1989.
- Laín Entralgo, P. *La generación del noventa y ocho*, 3ª ed. Madrid, Espasa Calpe, 1956 (Austral, 784).
- *La poesía de la edad de oro. II. Barroco*, edición, introducción y notas de José Manuel Bleca. Madrid, Castalia, 1984 (Clasicos Castalia, 136).
  - V. Morin. “El chiste” en R. Barthes *et al. Análisis estructural del relato literario*. Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo, 1974.

---

[1]Prefiere el tema religioso por formación y por moda. En este soneto, tomado de la internet (*wikipedia*), puede advertirse su aprendizaje de la muchedumbre de poetas religiosos españoles e hispanoamericanos del tiempo. Pero puede observarse también una huella personal, por ejemplo, en la búsqueda de rimas no convencionales como las que se construían, incontables, con inflexiones verbales: “¿Hasta cuándo mi torpe desvarío / abusará, Señor, de tu clemencia? / Que parece que aprendo en tu paciencia / más libertad que diste a mi albedrío. / Juzga, corrige, enmienda el error mío / antes que se pronuncie la sentencia. / No llegue, en mi postrera negligencia, / la primera señal de tu desvío. / Tú me diste tu imagen: mi pecado / la borró. Mas, ¡ah, triste! no parezca / tu retrato en mi ciega destemplanza: / vuelva a imprimir tu sangre lo borrado / y, para que la imagen permanezca, / defiéndame de mí tu semejanza.” Este otro soneto, igualmente, parece dar testimonio de sus buenas maneras de poeta: “El curso de los años repetido / gasta la edad con natural violencia, / y el tardo amanecer de la prudencia / conoce el tiempo cuando le ha perdido. / La mitad fue del sueño y del olvido, / la otra mitad, o error o negligencia; / mas, ¡oh vivir!, dificultosa ciencia, / ¿quién en toda una vida te ha sabido? / Duran los días, ¿pero quién percibe / su duración, si es menos inconstante / la intrepidez de nuestra fantasía? / ¿O qué importa el durar, si sólo vive / el que sabe acertar aquel instante, / principio y siempre del eterno día?” (*Cfr. La poesía de la edad de oro. II. Barroco*, p. 365.)

[2]Dejo de lado la hipótesis de Ch. Duverger, que propone que la autoría de la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* no es de Díaz del Castillo sino de Hernán Cortés. Me parece insostenible.

[3]Díaz del Castillo: CXXV, 462.

[4]Son muchas las voces que lo califican como el narrador fundacional de América Hispánica. De Carlos Fuentes es, quizás, la más conspicua.

[5]Díaz del Castillo: XXIII, 91.

[6]Díaz del Castillo: XCII, 330 – 331.

[7]Cortés: 2ª, 101 – 106.

[8]*Vid.* H. Beristáin.

[9]Parece de conocimiento de todos que se trata de una cita bíblica, aquí parodiada. Mateo, 26, 38.

[10]M. Eliade, *passim*.

[11]Para una visión analítica de *intrahistoria*, véase P. Laín Entralgo, *passim*.

[12]La novela picaresca ofrece un generoso testimonio de las desigualdades sociales, de la miseria de los pobres, de la importancia que se concedía a las apariencias, de la corrupción social.

[13]Vid. V. Morin. El ejemplo clásico del recurso de disyunción referencial en un escritor del siglo XVII, Francisco de Quevedo (1580 – 1645), se encuentra en *El buscón*, en el pasaje que habla de los cardenales: “Por éstas y otras niñerías, estuvo preso; aunque, según a mí me han dicho después, salió de la cárcel con tanta honra, que le acompañaron doscientos cardenales, sino que a ninguno llamaban ‘señoría’.” Es decir, salió con doscientos moretones.